

Igor Andruskiewitsch es presidente de la «**Asociación argentina de cultura helénica “Cariátide”**» y presidente de la «**Asociación de ex cadetes rusos en la Argentina**». Es miembro de la Comisión Directiva de la Asociación de ex cadetes militares de la Federación Rusa «**OS SNKR**». Fue miembro del **Consejo Diocesano de la Iglesia Ortodoxa Rusa** en la Argentina. Fue miembro del **Concilio General de la Iglesia Ortodoxa de Rusia**, celebrado en enero de 2009 en Moscú, para elegir al actual Patriarca de dicha Iglesia.

# El modelo helenístico de globalización multicultural

## Las civilizaciones en la historia

En los últimos tiempos se ha intensificado el uso de las expresiones **civilización global y globalización** y sus derivados. Para comprender plenamente su significado real y su correcta ubicación en la historia de la humanidad es imprescindible analizar históricamente tales conceptos.

El concepto **civilización** deriva de la palabra latina *civis*, ciudadano, a su vez derivada de las raíces indoeuropeas que significan *agradable, gentil, educado*. Todas estas acepciones se pueden dar, en forma plena, únicamente dentro de una sociedad política, superando la vida familiar y tribal. Los grandes fundadores de la ciencia política en la antigua Grecia afirmaban que la vida **plenamente autárquica y autosuficiente** sólo es posible en una sociedad política. El nombre «*polis*» tiene la misma raíz que la palabra **plenitud**.

Lo que nosotros llamamos hoy civilización posee un contenido que puede desarrollarse y sobrevivir sólo dentro de un marco o **corteza de estructuras políticas** o estatales. La política y la civilización nacen, conceptual y cronológicamente, en forma conjunta. En forma simultánea nace también la historia, porque la historia es el registro de hechos humanos por orden cronológica, que sólo es posible dentro de una civilización.

En relación con este tema, surge el problema de la enumeración y clasificación de todas las civilizaciones habidas durante la historia de la humanidad. El primer intento de clasificación de civilizaciones o de «tipos culturales», como su autor los llama, fue realizado por el científico ruso Nikolai Iakovlevich Danilievsky (1822-1885), quien enumeró doce «tipos culturales» (egipcio, chino, asirio-babilónico-fenicio-caldeo o antiguo semita, hindú, iranio, hebreo, griego, romano, neo-semita o arábigo, germano-romano, mejicano y peruano). En virtud de dicha pluralidad histórica, Danilievsky negó el monopolio exclusivista de Europa Occidental sobre la vida cultural de la humanidad. Luego, después de la Primera Guerra Mundial, el pensador alemán Arthur Spengler publicó su famosa obra «El ocaso de Occidente», continuando, a su manera, la teoría de Danilievsky. Después de la Segunda Guerra Mundial, se terminó de publicar la obra «Estudio de la historia» del helenista inglés Arnold J. Toynbee (1889 – 1975), quien enumeró diez y nueve civilizaciones en la historia de la humanidad, de las cuales actualmente sobreviven sólo cinco (occidental, ortodoxa o griego-oriental, islámica, hindú y del Lejano Oriente).

Sin embargo, surge a esta altura del análisis teórico un problema con la diferenciación entre los conceptos de cultura y civilización. Esta divergencia fue siempre importante para los pensadores rusos, pero en Occidente nunca se percibió una distinción nítida entre ambos conceptos. Toynbee, por ejemplo, llama a las civilizaciones «grandes sociedades» que, a su vez, poseen «culturas distintas». Además, en la obra mencionada, Toynbee habla básicamente de una sola civilización helénica (griega) pero en su último libro «Los griegos: herencia y raíces» habla de tres civilizaciones en Grecia: micénica,

helénica y bizantina, omitiendo una cuarta, la helenística, que cronológicamente fue el ne-xo entre la helénica y la bizantina.

También surge el problema de la división y clasificación de civilizaciones por sus tipos y características. El sociólogo ruso Pitirim Aleksandrovich Sorokin (1889-1968), expulsado de Rusia en el año 1922 por el régimen comunista de Lenin, junto con un centenar y medio de científicos y pensadores rusos, y radicado luego en los Estados Unidos, elaboró una teoría acerca de tres diferentes tipos de civilizaciones que él denomina: **ideacionales** (espirituales), **idealistas** (mixtas e intermedias) y **sensualistas** (materialistas). Estos tres tipos son, en realidad, **períodos** diversos de una misma civilización. Por ejemplo, la civilización griega, según Sorokin, fue «*ideacional*» desde Homero hasta el siglo V aC, luego fue «*idealista*» o sea mixta hasta el siglo I aC, y después fue «*sensorial-materialista*» hasta el siglo IV dC, cuando, con el triunfo del cristianismo, se transformó nuevamente en ideacional. Asimismo, la civilización europea occidental, según Toynbee vigente a partir del año 800, pasa por una similar sucesión de períodos, hallándose en la actualidad en la faz «*sensorial-materialista*».

Pitirim Sorokin establece una diferencia entre estructuras culturales orgánicas cerradas y «**conglomerados abiertos de diferentes sistemas, sólo integrados parcialmente**». Esta distinción es importante para nuestro análisis, porque la civilización helenística y la civilización contemporánea pertenecen a este tipo de «conglomerados, sólo parcialmente integrados».

Un análisis pleno y profundo de los procesos actuales de globalización necesita además de una teoría acerca de los distintos tipos de formas políticas de las civilizaciones, o sea de los estados. A tal efecto, cabe proponer el siguiente esquema histórico.

## Distintos estados

Los primeros dos estados en la historia de la humanidad surgen aproximadamente 3000 años aC, en forma casi simultánea, y son a la vez sus primeras civilizaciones: la sumerio-acadio-asirio-babilónica (mesopotámica) y la egipcia. Ambos son estados territorialmente muy grandes, surgidos en base a proyectos de fertilización de extensos territorios de tierras desérticas, mediante vastos y complejos sistemas de irrigación. El estado mesopotámico agrupa a varios pueblos, de distintas razas y es, por lo tanto, un estado multiétnico, mientras que Egipto es predominantemente un estado nacional. Estos dos estados territorialmente grandes establecen la primera bipolaridad geopolítica en la historia humana, sin provocar por ello una situación de guerra fría. (Durante la existencia de estos dos estados surge un tercer macro-estado en China, que también contiene una entera civilización. Sin embargo, debido a su lejanía, a su aislamiento y a su falta de participación en el desarrollo de las demás civilizaciones, no es tomado en cuenta en este análisis).

Casi dos mil años más tarde, o sea aproximadamente 1000 años aC, nace en Atenas un nuevo tipo de estado, esta vez muy pequeño, que, por oposición a los macro-estados, podemos denominar **micro-estado**. Es la **polis ateniense**. La polis (cuya raíz es la misma que la de la palabra plenitud) es la agrupación, el **ayuntamiento** («*sinekia*» en griego) de varias aldeas de una comarca, alrededor del «*ágora*» (forum), o sea alrededor del **lugar de reuniones y de discusiones públicas** de una de ellas. Este nuevo tipo de estado nace como un proyecto de libertad para todos los ciudadanos que la forman, que logran cierta autarquía económica mediante la plenitud de sus actividades agrarias y artesanales. Así también nace, aproximadamente dos siglos más tarde, la República (polis) de Roma. Las ventajas culturales, sociales y políticas de estos nuevos micro-estados son contrapesadas por la pequeñez de sus tamaños. De allí surge la necesidad, tanto en Grecia (en la Península Balcánica y en el Asia Menor) como en la Italia etrusca, latina y griega de formar **ligas** de estos estados-polis, de desarrollar intensas relaciones comerciales internacionales y, en el caso de Grecia, de formar instituciones culturales **supra estatales**, tales como los Juegos Olímpicos y los santuarios panhelénicos.

Pronto, en el siglo VI aC, surge en Asia un tercer tipo de estado, como consecuencia de la conquista por Persia de los estados de la Mesopotamia y de Egipto. Así nace una súper potencia multiétnica, pero unitaria y **monocultural**, o sea con hegemonía de una sola cultura, subdividida en distritos administrativos, llamados «satrapías», lograndose una especie de preglobalización, pero no

multilateral, ni multipolar, ni polifónica, sino unipolar, encabezada por un «**gran rey**» sobre todo el mundo, según la idea heredada de los acadios. Este «rey de reyes», como lo llama el profeta Daniel, no reina sobre componentes autónomos ni libres, sino sobre sus propios «sátrapas», lo que Aristóteles llama «**reino total**» (pambasileia, «monarquía absoluta», en traducción de Julián Marías y María Araujo, «**reino de los bárbaros**», (basileia tw̄n barbaron, Aristóteles, Política, 1285 a).

## Un nuevo modelo de globalización

Sin embargo, esta pre-globalización nunca fue plenamente lograda, debido a la resistencia de Grecia, que defendió su libertad. Ni siquiera la alianza de la súper potencia persa con la potencia de Cartago, una colonia autónoma de los fenicios que estaba bajo poder persa, pudo lograr una total hegemonía universal, debido a la libertad conservada por los micro estados griegos en la península balcánica, en Sicilia y en el sur de Italia, y por la creciente polis romana. Sólo la liga de las polis etruscas en Italia entró en alianza con Cartago y, por lo tanto, indirectamente, con la gran alianza encabezada por el gran rey persa.

Justamente la resistencia de los micro estados griegos al súper estado persa fue, a la larga, una de las causas del surgimiento de un **nuevo modelo de globalización universal**. Otra fue, paradójicamente, la sumisión obligada a los persas de los micro estados griegos en las costas del Asia Menor, en el año 545 aC. Esta parte de Grecia posee una importancia radical en la historia de la humanidad. Es allí, en la Grecia asiática, donde nacen, en realidad, Europa y la cultura europea. En particular, nace la filosofía con Tales, en Mileto, ubicado en dicha costa.

Hace más de 23 siglos, los reyes de Macedonia, Filipo II y Alejandro Magno, dentro de sus planes de **unificación plena de Grecia**, no podían de ninguna manera obviar la necesidad histórica de la liberación de la costa griega del Asia Menor. Alejandro Magno pretendió luego también hacer pagar a Persia su destrucción de Atenas en el año 480 aC. Sin embargo, la principal causa del surgimiento de un nuevo modelo de globalización, además de la liberación de las polis griegas oprimidas y del castigo de los opresores, fue la **liberación de todos los pueblos** de Asia y África que se hallaban bajo el poder de la gran súper potencia persa.

Con las conquistas y reconquistas de Alejandro Magno (336-323 aC) se crea un nuevo imperio multiétnico y, simultáneamente, se establece una **pluralidad cultural** dentro del mismo, **sin ninguna clase de hegemonías** (característica imitada hoy deliberadamente por la Unión Europea). El propio Alejandro Magno no sólo ofrece sacrificios a los dioses de Babilonia y de Egipto, si-no también al Dios de Israel, asistido por el Sumo Sacerdote de Jerusalén.

Este primer Imperio de la humanidad perdura aún después de la muerte de Alejandro, hasta el año 306 aC. Luego el Imperio se subdivide en tres grandes estados: Egipto, bajo los ptolomeos; Pre-Asia, bajo los seleucidas (por Seleuco, hijo de Antíoco), con dos capitales: Antioquía en Siria y Seleucia en Iraq; y Macedonia, bajo los antígonos. Tres siglos después de su creación, este mundo helenístico se amplía con Roma, formándose, de tal manera, el segundo Imperio, que sirve de envoltura a la civilización multicultural greco-romana.

Surge así un nuevo tipo de macro-estado, cuya idea básica se puede resumir como un **intento de síntesis** entre la pequeña polis greco-italica y los grandes estados territoriales de Oriente, pero no dirigidos al unísono por un poder hegemónico, sino en forma de **coro polifónico**. En la nota No. 50 de Julián Marías, a su traducción al español de la «Política» de Aristóteles, se subraya que *«todo el problema político del mundo antiguo fue la posibilidad de pasar de una “forma de estado” a otra que no fuese la ciudad, pero que tuviese una efectiva forma política, y, por tanto, una constitución, y no fuese esa vaga realidad social a la que los griegos llamaban ethnos»*.

Así, a partir de Alejandro Magno, estos territorios se cubren con una red de «polis» o municipios, que organizan y dan forma a un **poder local**. Estas estructuras políticas, basadas sobre una **red municipal**, siguen estando vigentes desde entonces hasta el presente. Es esta red la que trajo, de una u otra manera, la liberación, a nivel de modo de vida, de todos los pueblos, lo que fue causa principal del engrandecimiento y hasta la divinización de Alejandro Magno, como un libertador general. El eco de tan

extraordinaria popularidad llega hasta nuestros días.

La libertad cultural y religiosa se complementa así con la creación de enormes espacios económicos, compuestos por mercados locales y regionales que se integran en un mercado global. Esta última característica se refiere no sólo al comercio global, sino también a la fluidez de capitales entre las distintas partes de dicho espacio económico. Gracias a ello, en algunas partes y en algunos ramos, se logra organizar la producción en forma casi industrial. Además, se produce una subdivisión de este enorme territorio económico en regiones basadas en cierta especialización, como consecuencia de criterios de rentabilidad y costos.

El mayor éxito de este modelo helenístico de globalización se logra, no obstante, en el campo cultural. Florecen la ciencia, las artes y la técnica que son siempre las primeras en alcanzar una genuina globalización. Se establece una evidente **multipolaridad** de centros culturales: Alejandría, Antioquía, Pérgamo, etc. El idioma griego, en su etapa alejandrina, se despegaba un poco del modelo clásico ático y ateniense, con aportes de modismos espartanos (a raíz de los fuertes componentes espartanos en la población de Alejandría) y se convierte en la lengua **común** (koine) de aquel primer mundo de civilización global.

Alejandría es la capital cultural de ese mundo, con su enorme población cosmopolita, compuesta principalmente por griegos, egipcios y judíos, todos ellos helenizados. Los faraones griegos de Egipto crean las famosas Biblioteca y Universidad de Alejandría en el siglo III aC, y es en ellas donde la ciencia adquiere, por primera vez, un carácter global y universal. En este centro helenístico de alta cultura se establece la geometría de Euclides, se desarrolla la idea de que la tierra es redonda (Eratóstenes hasta mide su circunferencia con asombrosa exactitud), se confeccionan los primeros mapamundi (cuyas copias bizantinas se cree que perduraron hasta la época de los descubrimientos de Colón), se hacen los primeros estudios experimentales de anatomía humana, y es traducido por primera vez el Antiguo Testamento, por autorizados representantes del pueblo judío.

Toynbee dice al respecto: «*La comunidad ecuménica tomó el lugar de la comunidad local... Los éxitos del helenismo son numerosos e inmensos. Hasta la fecha no los han superado las producciones de ninguna otra civilización... En la época de su mayor difusión esta cultura llegó por el Occidente – con ropaje latino – hasta Britania y Marruecos, y por el Oriente – con ropaje budista – hasta el Japón*».

En síntesis, esta primera civilización ecuménica, que sigue siendo un modelo todavía válido de globalización **multipolar polifónica**, es denominada **civilización helenística** por el aporte **catalizador** del helenismo o de la cultura griega propiamente dicha. Sus características son verdaderamente universales, y sus múltiples aportes contienen principios básicos aplicables en cualquier tiempo y lugar.

Sin embargo, no debe perderse de vista el hecho de que no se trata de meros **esquemas geométricos de poder**, sino de un **núcleo de creencias** que las animan, específicamente **tolerantes con otras creencias** y, por lo tanto, capaces de lograr convivencias armónicas. En la faz política, se produce una especie de fecundación de las grandes organizaciones territoriales del estado por la idea central de la polis griega, en el sentido de que **la política compete a todos** y no sólo a quienes detentan el máximo poder, y que tal poder, en principio, surge de entre todos. Así nace la idea del Imperio, derivada del concepto de «Poder Supremo» en la Polis Romana; aunque, de ninguna manera, significa «poder total». El verdadero Imperio se caracteriza por **la participación en el poder central de las elites periféricas**, y ésta es, justamente, la gran innovación del Imperio de Alejandro Magno.

Si bien el comienzo de este primer modelo de globalización multipolar puede ser fácilmente precisado en la época de las conquistas de Alejandro Magno, no es tan simple determinar su final. Hay un proceso gradual de agotamiento, con distintos límites cronológicos. Ortega y Gasset llama la atención sobre el fenómeno de la pérdida por Italia, en el siglo V, de su carácter de país bilingüe. En el norte queda sólo el latín, en el sur, el griego. También en este siglo, en el año 476 dC, cae definitivamente el Imperio Romano de Occidente. Un siglo y medio más tarde, San Isidoro (570-636 dC), obispo de Sevilla, compone su enciclopedia de la cultura antigua, ante la desaparición de la misma.

No obstante, el límite cronológico de esta cultura helenística puede ser desplazado en dos siglos, hasta la segunda mitad del siglo VII, cuando el Imperio Romano, ya con una única capital en Constantinopla, pierde sus provincias en Siria, Palestina, Egipto y África del Norte, conquistadas por los

árabes. Así, con la caída física de Alejandría en el 642 dC, cae también este mundo helenístico, simbólicamente fundado casi mil años antes, en esta misma ciudad.

En cierto sentido, sin embargo, también es posible fijar el término cronológico de esta civilización un siglo y medio más tarde. Es el límite que indica Toynbee, al decir que, antes del año 800 dC, existía aún la antigüedad pero luego, ya no. Este año, 800 dC, es en cierto sentido emblemático, porque en él Carlomagno fue coronado por el Papa con el título de emperador, sin la anuencia del Emperador y del Senado romanos, con sede en la Nueva Roma, nombre oficial de Constantinopla en aquel momento.

## Las herencias

Surge así, a partir del año 800 dC, la **Europa Occidental**, con sus dos núcleos catalizadores que perduran hasta nuestros días: el doble núcleo franco-germano (base de la actual Unión Europea) y el núcleo normando, utilizado entonces como ariete para expulsar al Imperio Romano del sur de Italia, y dos siglos más tarde, para someter en las Islas Británicas a los anglo-sajones, que eran aliados de Constantinopla. (Luego, esta ala noroccidental normanda se prolongó hasta la América del Norte, que forma hoy una de las dos alas de núcleo noratlántico de la civilización contemporánea).

Es necesario tener en cuenta que la Europa Occidental, casi desde sus comienzos, excluye a Grecia y a los territorios bajo la jurisdicción eclesiástica del Patriarcado de Constantinopla, la Nueva Roma. (A partir del año 988 Rusia, con su capital entonces en Kiev, es la provincia eclesiástica número 61 de la Iglesia de Constantinopla).

También es necesario destacar que el modelo polifónico helenístico influyó en la constitución de las estructuras eclesiásticas del Cristianismo. La Iglesia cristiana nació en **una sola cuna**, que fue Jerusalén, pero la primera iglesia de Jerusalén estaba ya **preñada de una multiplicidad** ecuménica, aun cuando todavía no existían ninguna de las tres primeras sedes de la primitiva triar-quía cristiana: Antioquía, Alejandría y Roma. Luego, como es sabido, la triarquía es ampliada a pentarquía, con el agregado de las sedes de Constantinopla y de Jerusalén. Esta pentarquía perduró hasta fines del siglo XVI cuando, en el año 1589, los cuatro patriarcas de las Iglesias Orientales agregaron a la lista de grandes Patriarcados Cristianos la sede del «Patriarcado de Moscú, de todas las Rusia y de los países del Norte».

Tampoco debe olvidarse el hecho histórico de que el Islam también posee, en realidad, un carácter polifónico, a pesar de algunas tendencias hacia un califato único.

En general, el modelo helenístico coadyuvó en la génesis de las culturas árabe y rusa. El renacimiento árabe de los siglos VIII, IX y X está ligado a la cultura bizantina de los nuevos territorios del Islam en Siria, Palestina, Egipto y África del Norte, que eran provincias bizantinas hasta la segunda mitad del siglo VII. Fueron allí traducidas las obras de la antigüedad clásica del siríaco al árabe, llegando luego, a través de España, a la Europa Occidental. Recién con el saqueo de cien mil manuscritos griegos de Constantinopla, en el año 1204, la Europa Occidental volvió a tener un contacto directo con las fuentes griegas de su cultura. El pillaje de estos cien mil manuscritos griegos fue el primer impulso para el Renacimiento italiano, dos o tres siglos más tarde. En el Renacimiento también influyó considerablemente la vecindad de Calabria, greco-parlante y ortodoxa, como asimismo, la llegada de los exiliados bizantinos luego de la caída de Constantinopla, en el año 1454.

En resumen, puede concluirse que la civilización europea occidental, en su origen también helenística, está basada en cuatro grandes le-gados:

De Israel ha heredado el principio de **ecuanimidad** («*Doble pesa y doble medida, abominación son a Jehová ambas cosas*». Proverbios, 20, 10).

De Grecia ha heredado el principio de **justicia**, en oposición al de venganza, tal como lo exigía el fundador de la polis ateniense, Teseo, mil años antes de Cristo.

De Roma ha heredado la **idea del derecho**, expresada por el Apóstol San Pablo, al afirmar que el castigo sin juicio es inaceptable.

Del **Cristianismo** ha heredado la idea de **igualdad y fraternidad** entre los hombres, porque todos son hijos de un solo Dios y por lo tanto son **personas**, y no solo individuos, y las ideas de **libertad, libre**

**albedrío, misericordia, caridad y amor.**

En consecuencia, el agotamiento de este macromodelo dependerá, en primer lugar, del abandono de estos cuatro grandes principios fundadores y fundamentales. Actualmente, pueden ya ser observados, en forma evidente y objetiva, procesos históricos en los que, de una u otra forma, dichos principios son traicionados, esencialmente, por el abandono del **gran principio helenístico de tolerancia cultural**, y por su consiguiente sustitución por el principio de **intolerancia**.

Esta posición reaccionaria está claramente descrita por Arnold J. Toynbee en la introducción a su «Estudio de la Historia», cuando afirma que la civilización contemporánea occidental *«ha acorralado a las demás sociedades y las ha enredado en las mallas de su superioridad económica y política, pero no las ha despojado todavía de sus culturas distintivas»*.

La historia nos enseña (y no sólo la de Persia), que las **metas de despojo**, aun a largo plazo, son al cabo resistidas, y muchas veces llevan a los despojadores al desastre.

Últimamente, también se está abandonando en forma substancial el **principio de derecho**, ya que, si bien se trata de aplicarlo en **los ámbitos internos de cada uno de los estados**, en las relaciones internacionales es admitida la posibilidad de **castigo sin previo juicio**, y hasta de unificación de las funciones de acusador, juez y verdugo en una so-la instancia jurídica, lo que es incompatible con la idea de estado de derecho. Simultáneamente, sin embargo, existen también posibilidades potenciales de regeneración, por medio del redescubrimiento de estos principios y mediante la renovada aplicación de los mismos en nuevas circunstancias.

De cualquier manera, la subsistencia de la idea básica de un modelo helenístico está garantizada por su funcionalidad y por su necesidad, aun en las nuevas circunstancias contemporáneas. La realidad de una globalización universal en los distintos campos de la vida humana es tan evidente como el anhelo, casi unánime, de que sus poderes se organicen sin prepotencia e, inclusive, sin una excesiva hegemonía de ninguno de sus componentes, sino con un criterio de concordia. En la época de la codificación del derecho romano, bajo el emperador Justiniano (527-565 dC), al surgir la necesidad de traducir al griego la terminología constitucional romana, y al aparecer en griego las primeras nuevas leyes (novelas), el término romano «concordia» era traducido como «sinfonía». Cicerón decía que sobre la concordia estaba basado el estado romano. Concordia significa, literalmente, «unión de los corazones», y sinfonía, **«polifonía armónica de varias voces»**.

Éste es el sentido profundo del modelo de globalización helenística que, en el campo internacional, sigue hasta hoy vigente. La idea de la Unión Europea está basada en dicho **principio polifónico**, aunque no se lo haya dicho expresamente. La búsqueda del equilibrio entre los grandes poderes y culturas en el mundo se encamina también, inexorablemente, en la misma dirección, bajo distintas terminologías. +

**Igor Andruskiewitsch**

*(Conferencia del presidente de «Cariátide, Asociación Argentina de Cultura Helénica», del 2 de mayo de 2004, organizada por la Embajada de Grecia, en el marco de la Feria del Libro, con el auspicio de la Delegación de la Comunidad Europea en la Argentina. )*

**PERSPECTIVAS, revista de macrohistoria y geopolítica.**

**Publicación digital independiente de pensamiento histórico. Nº 4.**

**Fundador y director propietario:** Igor Andruskiewitsch. **Codirectora:** Ana Bauchiero. © 2004.

Todos los derechos reservados. En caso de reproducciones, citas u otros usos, la mención de la fuente y del autor son obligatorios. **Correo electrónico:** kadetpismo@hotmail.com